
LAS DESGRACIAS HISTÓRICAS

DE ITALIA.

II.

Grandes y poderosos han sido los elementos conjurados en daño de Italia; recuerdos de antiguos tiempos, más propios para enflaquecer los ánimos que para levantarlos á nueva vida; extraños emperadores con la planta puesta sobre la cerviz de la nación guerrera, y el pensamiento puesto en su total ruina; altos poderes forzados á dilatar su poderío por todo el mundo, y dispuestos á sacrificar Italia en aras de la humanidad; aristocracias altivas, cuyas voluntades oscilaban entre el emperador y el papa, sujetando á su medro toda idea política, natural achaque de

las oligarquías; repúblicas pequeñas, desgarradas por celos continuos y por envidias nunca extinguidas, siempre guerreando, siempre con la maza de Cain en las manos contra las demás repúblicas; grandes brechas abiertas por do quier á la nacionalidad italiana. Nápoles por donde entraba Francia, Sicilia por donde entró primero la casa de Suavia, despues la casa de Aragon, Milan por donde entraban los emperadores, Roma por donde asaltaban á Italia todos los poderes de la tierra; el problema social, siempre planteado, nunca resuelto; el problema politico, escrito con términos falsos, usados, perdidos ya en la memoria de la humanidad; el pueblo demasiado pronto á derramar su sangre en la lucha, y demasiado rehacio para aprovecharse de la victoria: hé ahí los elementos que arrastraban á Italia de despeñadero en despeñadero, para hundirla en el abismo de que sólo puede levantarla el espíritu democrático de nuestro siglo.

Y esta turbacion general de Italia habia llegado hasta la mente de los grandes pensadores, de los grandes poetas, de los grandes génios. Amanece la luz del arte, y la luz del arte no puede ahuyentar la sombra de la politica que cubre todos los

horizontes italianos. El Dante, majestuosa estatua que corona la Edad media; profeta que escribe en el cielo del arte el pensamiento de las generaciones que deben sucederle; audaz pensador que conquista para la poesia, no sólo el Universo, sino lo absoluto y lo eterno; maravilloso artista que ve surgir del polvo la estatua clásica con la sonrisa de Grecia en los labios y la copa de una nueva vida en las manos; soñador ideal que presiente la resurreccion del platonismo cuando el mundo estaba entregado á la adoracion de Aristóteles, y encierra su pensamiento en la angélica figura de Beatriz, hermosa y vaga como una ilusion de amor que se pierde entre los arreboles del cielo; el Dante, cuya lira tiene las cuerdas de todos los dolores y de todas las alegrías de la humanidad, cuyo genio se sumerge como el ave nocturna en las tinieblas, y se levanta como la alondra á la eterna luz; el Dante, tan gran pensador, tan gran poeta, cuando va á contemplar el mundo de la politica, cuando quiere salvar su Italia, la entrega atada al emperador de Alemania, y no duda desde las riberas oscurísimas de su infierno ideal, en maldecir los únicos elementos nacionales que flotan en aquel gran naufragio; por-

que el destierro ha cubierto de negras sombras su alma perdida en las tempestades y conturbada como la golondrina que al atravesar los mares se ve arrastrada por el huracan, como la paloma que pierde en una inundacion su nido de lirios y de palmas.

Los males de Italia crecian, mientras sus grandes genios pedian al extranjero un remedio. Verona luchaba con todas las repúblicas, y se atraia los rayos del Vaticano. Génova y Venecia ensangrentaban con sus continuas rivalidades las celestes ondas del Mediterráneo. La aristocracia se levantaba sombría en las hermosas lagunas del Adriático, despues de haber llevado el espíritu latino hasta los más remotos climas de Oriente. El poder político del pontífice, que llegó al último extremo con Inocencio III, bajaba las gradas de su trono temporal con Bonifacio VIII, abofeteado por la mano de hierro de la monarquía. Clemente V muestra que el pontífice cae siervo del rey de Francia, encerrándose de grado en la cárcel de Avignon. En tan tremenda época, el genio italiano, genio inmortal, no piensa, sueña; no trabaja, se macera y acepta la privacion del derecho y de la justicia, resignado á su triste

suerte. El quejido de Petrarca, que parece el quejido de un alma enamorada, es el quejido de todo un pueblo. Jamás la gran individualidad reflejó mejor la pasion de una raza; jamás la subjetiva poesía lírica fué imágen más real del dolor de una gran nacion. Los sonetos de Petrarca son como los lamentos que lanzaban las liras bíblicas colgadas de los sauces en las orillas del Eufrates, suspirando por la patria. Aquel amor sin esperanza, que ve en agenos brazos el objeto amado, que no aguarda un premio; que se satisface con una mirada, con una sonrisa, con una aparicion tan rápida como el suspiro del aura, es cual el amor de Italia á la independencia, amor inmenso, infinito, ideal; pero que consiente ver la patria tendida en extraño lecho, entre los brazos de extranjeros reyes. Cuando el gondolero de Venecia ó el marinero de Nápoles y de Génova entona, á la luz de la luna, acompañado por el murmullo de las brisas, al compás de los remos que caen unisonos sobre las aguas, abandonados entre el cielo y el mar, una de esas canciones en que Petrarca encerró el acento de un amor sin esperanza, su voz tristísima, su cadencia melancólica como el eco de las olas en las sonoras pla-

yas, es el gemido que exhala tristemente el alma dolorida de la dulce Italia. Sin embargo, un día el genio de Petrarca se despierta á la vida política. Pero va en pos también de una sombra. No conoce que el secreto de la vida en los pueblos está en lo porvenir, y el secreto de su muerte en lo pasado. Y así como Dante había saludado en el débil Enrique VII, un César, un Trajano, el antiguo imperio; Petrarca saluda en Rienzi á Bruto, á Cincinnato, á Catón, la antigua república. Bien pronto aquella república erudita, aquel cadáver iluminado por el fuego fosfórico de los sepulcros, cae en el polvo, y Petrarca vuelve á lanzar un lamento por su república clásica, especie de fantasma que va errante por su imaginación como la sombra de Laura.

Los pensadores que miraban los problemas políticos de estas edades, los resolvían con dos criterios, que ninguno encerraba la fórmula verdadera del progreso y de la redención de Italia. San Bernardo, Hugo de Florencia, el Dante, el venerable Gerson, aunque no todos son italianos, se oponen al predominio político del poder pontificio, que más de cerca tocaba á la Italia; pero no ofrecen ningún ideal que pudiese sustituirlo,

y si lo ofrecen, es el ideal, ya perdido y eclipsado, del imperio. En cambio Gregorio VII, Hugo de San Víctor, Juan de Salisbury, quieren sostener aquella antigua teocracia que cegaba todas las fuentes de la vida política, y contenía con freno inquebrantable toda verdadera actividad humana, y profanaba los grandes principios religiosos arrojándolos en el polvo donde luchaban las facciones, y destruía la idea del cristianismo, que fué la separación absoluta del poder temporal y del poder espiritual, sellando con la marca de una servidumbre parecida á la servidumbre oriental, la frente de la humanidad. Estos dos grandes problemas no pudieron interesar á Italia, porque el uno la sacrificaba al emperador, el otro la sacrificaba al mundo entero. Así, poco á poco, se fué apoderando del espíritu italiano lo que debía ser consecuencia de sus grandes y pertinaces dolores, el indiferente escepticismo. A las orillas del Arno, entre montones de cadáveres, al envenenado aliento de la peste negra, cuando Florencia era como un inmenso cementerio, cuando las campanas callaban por no poder contar las almas que se alejaban de la tierra, Boccaccio, aquel genio ligero, burlón, se despedía con una carcajada

de la Edad media, de sus órdenes monásticas, de sus conventos, de sus prácticas severas, de sus maceraciones y ayunos; sacudia aquel terror que ántes obligara al mundo á creer que el ángel del Apocalipsis aplicaba sus lábios á la trompeta del juicio; y se daba á la vida fácil, sensual, sin curarse de ningun problema, sin sentir ninguna de las grandes desgracias sociales; riéndose de todo, y preparando con esta risa despreciativa el camino á los tiranos, que dan juegos, y fiestas, y bufones á los pueblos, para que no se acuerden de sus derechos. La risa de Bocaccio es la indiferencia, y la indiferencia presagiaba que los males de Italia habian llegado á tal intensidad, que habian hecho de aquella nacion artística y dolorida, una desgraciada nacion insensible. No hay sintoma de muerte tan seguro como esa indiferencia en un pueblo que yace en el dolor. Su resignacion consiste en su falta de fuerza y de aliento para luchar por la vida.

Y siguen los males de Italia recrudeciéndose en el siglo xv. Todos los antiguos elementos van muriendo. La aristocracia sólo tenia sepulcros de mármol, palacios casi desiertos, sus escudos heráldicos, sus títulos, símbolos que eran sobre el

recuerdo de su poder antiguo, como las estatuas de sus abuelos sobre sus sepulturas en las catedrales. Pulci, poeta pagado por la mercantil casa de los Médicis, ponía en ridículo todos los antiguos blasones, la poesía caballeresca, los grandes señores, y sus guerras, y sus tradiciones, riéndose á todo reir de las dueñas, de los castillos encantados, de los caballos amigos de los héroes, y presagiando la gran revolucion contra la Edad media, que habia de coronar con su inmortal poema el sin par Cervantes. Y si la aristocracia no quedaba ciertamente en pié el poder político de los papas. Las llamaradas de la herejía por todas partes asomaban, como anuncios del gran volcan que iba á estallar en Alemania. Los repetidos cismas habian quebrantado la unidad de la Iglesia. La esclavitud de Avignon habia arrancado al pontífice gran parte de su antiguo poder político en Italia. Los concilios de Basilea y de Constanza se sobreponian al papa, pidiendo amenazadores la reforma de la Iglesia. Los reyes, á su vez, por separar el poder temporal del poder espiritual, llegaban hasta tocar el sagrado depósito de la religion confiado á Roma. El antiguo imperio no andaba más pujante por esta época.

El predominio de Francia en los consejos de Roma, y el predominio de España en Nápoles y en Sicilia, habian arrancado al imperio su influencia. Todo se trasformaba, todo, ménos los males de Italia. Los extranjeros iban entrando por todas partes. Nunca se ha pertenecido ménos á sí misma la gran nacion. Los españoles, los franceses, los alemanes, se arrojaban ya el guante de desafío en los campos de Italia. Sonaba la hora en que habian de romperse todas las vallas que contuvieron algo la inundacion de las razas extrañas. Iban á comenzar aquellas guerras, que habian de enrojecer las plácidas aguas del Arno, y habian de convertir en sangre coagulada el cieno del Tiber. Y mientras tanto, Italia, como el ruiseñor prisionero, entonaba sus más dulces cantares, soñaba plácidos sueños en su lecho de rosas, bebía el veneno que le daban sus enemigos, esculpía estátuas para sus vencedores, encantaba con las hermosas imágenes ideadas por sus artistas los palacios de sus carceleros, llenaba de armonías los perfumados aires de sus jardines, como para atraer más á sus perseguidores, forjaba los eslabones de la cadena de oro que iba á caer sobre sus hombros, despertaba á la antigüedad

para tener más hechizos á los ojos de los bárbaros que intentaban convertirla en su manceba; y sin advertir los peligros que la cercaban, la esclavitud que iba á caer sobre sus hijos, se lanzaba fuera del mundo real, en pos de fantásticas visiones, de conquistas ideales, olvidando que los pueblos, como el héroe de la fábula, deben fijar el pié en la tierra y en la realidad de la vida para crecer, y coronarse con sus santas libertades.

Además, nunca el pueblo tuvo en Italia libertad bastante para resolver la pavorosa cuestion social, que ha sido el fantasma de la raza latina, sin duda porque Dios ha destinado á esta raza, como en la antigüedad al errante Edipo, á resolver el enigma de la pavorosa esfinge. El Oriente nos ha dado siempre resueltos los problemas religiosos. Allí nació el panteísmo, allí el judaísmo, allí el mahometismo, allí se meció la cuna de los dioses paganos y se levantó el signo de nuestra redencion, el suplicio de Jesucristo. La Grecia nos ha dado en la antigüedad los problemas filosóficos y políticos. Ella creó la monarquía europea, que es muy distinta de la monarquía oriental; creó la república aristocrática de los dorios, la república democrática de los jonios, los imperios absorbentes,

inmensos, en la poética y romántica figura de Alejandro. Y lo que hizo en la esfera política, hizo también allá en la alta esfera filosófica. Suyo fué el empirismo naturalista de los jónicos, el idealismo de los eleáticos, la protexta socrática de la conciencia individual, la armonía platónica del espíritu con Dios, y la armonía aristotélica del espíritu con la naturaleza, el particularismo epicúreo, el humanismo estóico, el grandioso sincretismo alejandrino, y de esta suerte ha dominado la conciencia humana, aun después de diez y nueve siglos de cristianismo. Pero los grandes problemas sociales, los que tocan á la raíz de la vida real, han quedado siempre para esta gran raza latina, que ha puesto hilos de amianto en la trama de la vida moderna. El esclavo arrastra su cadena resignado por toda la tierra; su cadena, que se le ha hundido hasta tocar en el espíritu, y sólo cuando llega á pisar el polvo sagrado de la ciudad eterna se levanta con Espartaco, y pide lo que nunca había soñado, su derecho, su libertad. Buscad algo que se parezca en la historia, y sólo encontrareis las pálidas sombras de Enus y Athenion. La historia antigua no cuenta otros Gracos. Cuando el griego Plutarco ha querido buscarles un semejante, Plu-

tarco, que había encontrado un Rómulo en Teseo, un Numa en Licurgo, un Publicola en Solon, un Camilo en Temistocles, un Paulo Emilio en Timoleon, un Sertorio en Cumenes, un Caton en Focion, un Bruto en Dion; cuando Plutarco, decíamos, quiso buscar un parecido á los Gracos en Grecia, tuvo que contentarse con resucitar á Agis y Cleomenes, dos reyes que, como él mismo confiesa, en vez de intentar una revolución progresiva y resolver un problema social, se habían contentado con sostener leyes tradicionales y antiguas. El problema social será siempre el trabajo de la raza latina. Cuando, merced á las cruzadas, los buitres se lanzaban desde los castillos feudales al Oriente, el pueblo resolvió el primer término de la serie de los problemas sociales, creando las comunidades y rompiendo la coyunda del siervo, eterno mártir, que levantó la frente encorvada sobre el terruño para recibir la luz del cielo. Pero en el siglo xv trató de resolver el problema social contra la clase media, como en el siglo xiii lo había resuelto contra la aristocracia, y fué vencido. Los obreros se levantaron en Sienna, los lazzari en Nápoles, los cappelti en Génova, y en todas partes el principio que representaban fué vencido

por los grandes comerciantes, que tuvieron, como los Médicis, púrpuras reales para su familia en la sangre de los pueblos, aplastados bajo las ruedas del carro donde se daban la mano la oligarquía usurera de los nobles nacidos del polvo y el feroz absolutismo.

¡Oh! confesamos que es muy triste recorrer así el calvario de un pueblo. Los ojos se nublan, y se rasga el corazón. Pero no temamos. Sigamos mirando las desgracias históricas de Italia. Las aristocracias teocráticas han pasado como los fantasmas de un sueño; las aristocracias militares han perdido sus espadas, y han visto rodar bajo sus piés las piedras de sus castillos feudales; las oligarquías mercantiles, á pesar de haber comprado con oro tronos para sus hijos, no han podido comprar la inmortalidad; los reyes absolutos han visto caer la corona del derecho divino que habian querido en su orgullo usurpar al Eterno; el imperio austriaco se desangra por todas sus gangrenadas venas; y el pueblo vive, y la Italia se levanta transfigurada de su sepulcro.

Marzo 16 de 1860.

LAS DESGRACIAS HISTÓRICAS

DE ITALIA.

III.

La Edad media, que habia comenzado con una revolucion religiosa triunfante, concluyó con una revolucion social abortada. El pueblo no pudo tocar con segura mano el último término de sus libertades y sus derechos. Pecó de confiado, y fué traidoramente vendido por la clase media. Los municipios, que en toda Europa murieron gloriosamente á manos de la monarquía, murieron en Italia, en la pátria del régimen municipal, en la nacion de las grandes ciudades, á manos de la oligarquía. Pero al concluir la revolucion social, como el espíritu italiano es inagotable, comenza-